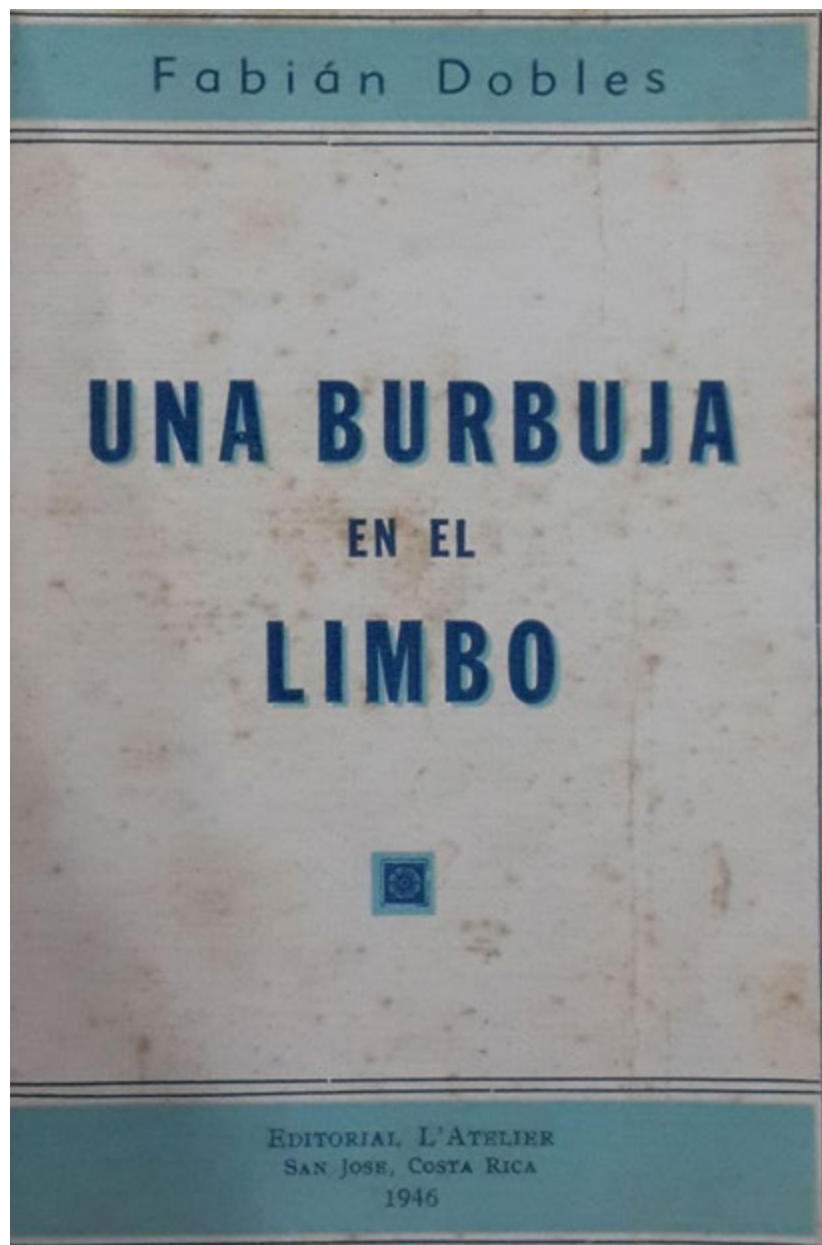


Fabián Dobles



La biografía de un alma. La historia de una ciudad. El alma: una burbuja. La ciudad: un limbo. No están escritas, en la entrada de ese limbo, las palabras de color oscuro y de clara inteligencia, que obliga a olvidarse de todo temor. Que aconsejan abandonar toda esperanza.

Es un alto en el camino señalado por las dos novelas anteriores de este admirable escritor. No es el mismo panorama que dominábamos al leer con cariño Ese que llaman pueblo y Aguas turbias.

Ahora es el análisis de muchas almas al través de una de ellas. Además, al seguir las meditaciones y al presenciar las actividades de Ignacio Ríos, la burbuja, comprendemos la vacuidad del limbo en el que aquella se mueve, al parecer solidaria. Aun cuando muchas otras parecidas ha de haber, ignoradas de nosotros.

Vigilado por los ojos redondeados de una añosa torre cilíndrica que hace de fortín protector. Agitando por las bulliciosas campanas de dos Iglesias de tipo colonial. El limbo, en el que se despiertan los anhelos de aquella burbuja humana, es una aldeana que quiso crear su propia leyenda. En sus numerosos pliegues logró quedarse dormida.

En la vida de un espíritu joven en conflicto con las exigencias del alma de un ciudad vieja.

¿Existió Ignacio Ríos? Creo que sí, aún es más, afirmó que vive siempre. ¿Dónde? En cada una de las almas rebeldes que encontramos, aquí y allá. Tal vez, algo de la angustia del loco Ríos se esconda en nuestras propias desesperaciones.

Aquel muchacho es un enamorado de las lejanías. En consecuencia, ama las soledades. A su amparo, le es posible abandonar las riendas a la imaginación para que ésta se pierda en busca de esas mismas anheladas lejanías.

Hay en él, desde la cuna, una insurrección frente al poblacho enemigo que lo obliga a mantenerse en actitud de constante defensa.

Ignacio Ríos necesita un apoyo para su vida inquieta. Lo busca y lo encuentra. No en la realidad. En el ensueño. Creyente de todo lo inverosímil es, de suyo, indisciplinado. En la región de la fantasía no crece la planta de la disciplina que ahoga, ahogándose.

Como espíritu selecto que es, se considera un explorador de Imágenes. Se pierde voluntariamente en las rutas del ensueño en un viaje sin fin hacia lo misterioso. Vive entre ángeles, duendes, y mujeres, todo creado por su misma poderosa fantasía.

No conoce el acicate odioso del terror. Su mente vaga sin descanso por las regiones en las que los espíritus cobardes sitúan las fuentes inagotables del miedo.

Es natural que la aldea, el limbo, pretenda destrozar aquellos ensueños, aquellas ansias de animarlo todo, hasta lo que parece sin alma. Los aldeanos, en todo momento quieren intervenir en la vida imaginativa del loco Ríos. Como si fuera posible que la tosca realidad pudiera poner sus manos sacrílegas en los detalles etéreos de lo irreal.

De aquellos ensueños, tan suyos, quieren despertarlo las gentes que pasan la existencia en una vigilia perpetua. El miedo al propio mundo interior, no los deja soñar, ni un instante siquiera.

El limbo lo es porque carece de sentido íntimo de lo trágico. No hay, en él, emoción, no existe vitalidad. La suya es una vida que no sabe, que no puede, que no quiere crear.

Lo más doloroso: no concede valor alguno a lo que los otros realizan. Todo lo subraya con una desesperante mueca de burla que quiere llevar, a las almas activas, el desaliento y la desesperanza.

El limbo, para abogarlo todo, acaba por odiarse a sí mismo dividiéndose hasta el infinito en obediencia a antipatía profundas y eternas.

Ante semejantes signos de muerte, material y espiritual, no le queda, al soñador, sino el refugio en la sombra de la distancia. La fuga, sin descanso, hacia lo asombroso, hacia lo milagroso. ¿Quién no siente, en su propio interior, la inquietud de esa burbuja huidiza?

Todo, en la novela, es de un acierto notable. La psicología, honda y justa. Los episodios seleccionados con talento artístico. Y el conjunto, envuelto en un estilo que satisface la mayor de las existencias.

Algunos creen que Una burbuja en el limbo es un paso atrás en la marcha ascendente de Fabián Dobles, sostengo que constituye un firme avance en la ruta de la perfección que persigue y ha de alcanzar muy pronto, el vigoroso novelista costarricense.